

# El desencanto de Malú Urriola

FARIDE ZERAN

Es parte de un mundo que no transa, con códigos y redes que circulan por vías paralelas a los de la cultura oficial, sin iconos, y alimentado por la oposición crítica a un esquema que impugnan. No hay brillos ni taquilla en los márgenes que transita Malú Urriola y toda una generación de escritores que desde la otra orilla mira desesperanzada lo que acontece en el corazón de su polis.

Es la era de la angustia para estos jóvenes que parapetados sólo en su oficio resisten hasta el último aliento de creación. Así, envuelta en esta atmósfera emerge Malú Urriola, amable

—¿Eso de que la fama no importa es también una postura de su generación, o sólo suya?

—No fui hecha para las luces de la escena, no. Me cuesta mucho, me cuesta muchísimo porque el hecho de escribir para mí es absolutamente íntimo. Lo mismo me pasa con la lectura, yo creo que la lectura puede ser para alguien, algunos libros o autores, muy importantes, pero para mí pueden ser otros.

—¿Y de dónde viene Malú Urriola? ¿De dónde surge esta necesidad de escribir, o este plantearse frente a la literatura en términos profesionales, como de hecho lo hace?

—Lo que pasa es que he sido un poco arrastrada por el destino, si se le puede llamar así. Empecé en un taller literario

Eugenia Brito, la Guadalupe Santa Cruz, me encanta ser amiga de la Nadia Prado porque discutimos de cosas muy cabezonas. Si se quiere, me encanta la angustia de estas mujeres frente a todo, a todo, no sólo a la literatura. Son mucho más incisivas, más atrevidas en un país absolutamente complaciente.

—Malú Urriola transita en su galaxia y no concede. ¿Por qué? ¿Es propio de su generación, de su historia?

—Son muchas historias, no creo que la realidad sea lineal. Estamos en una era de angustia y de nostalgias absolutas. Es la era de la nostalgia porque ya nada resulta, porque no hay utopías. La única utopía que hay es el marketing de expectativas. Y yo no sé si es

pasa con la Eugenia Brito, con la Guadalupe Santa Cruz, con un montón de gente que yo admiro y con la que nos juntamos de repente el fin de semana para hablar de la nada misma, porque empezamos a hablar de cualquier cosa y terminamos en cosas interesantes.

—La percibo autosuficiente en cuanto a los mundos que se plantea, y muy despectiva en la relación con el resto. ¿Por qué?

—Lo que pasa es que no me gusta el entorno porque son negociaciones, son negociaciones comerciales. El mundo de la literatura también pasa por eso, por el negocio, por los negocios culturales, como los llamo yo. Y no estoy ni en contra ni al margen, en realidad, no me interesa. No me intere-

—¿Y usted no está en eso? —No, porque yo apenas puedo conmigo.

—Sin embargo, está su decisión editorial propia.

—Eso tiene que ver con cortar con el círculo, porque resulta de que yo, como todos los escritores, tengo que humillarme o sufrir una humillación frente a una editorial. Cuando estuvimos en España, me contaba un amigo que fue a una editorial a dejar su libro y encima había un perro. El quedó todo mordido, destrozaron su manuscrito. ¡Ya es el colmo! Y acá es lo mismo. Con **Piedras rodantes** tuve pocos ejemplares, no puedo pedirle un catastro a la editora, no puedo preguntarle cuántos libros se sacaron, cuántos libros en realidad se vendieron, porque como fue una coedición mínima y yo aporté muy poca plata, no tengo ningún derecho sobre mi propio trabajo. Es como ridículo, porque uno se saca la mugre escribiendo, es un trabajo bastante arduo y encima tienes que poner la cara como que vas a pedir un favor para que te publiquen. ¡Lo encuentro el colmo, el colmo!, y encima hay gente que tiene que pagar.

—Pero ustedes poseen una buena red fuera de Chile. Son traducidas, editadas y conocidas. De alguna forma pareciera que el círculo de silencio que aquí no han logrado romper afuera no existe. ¿Qué pasa ahí?

—Es que es raro, con Nadia Prado fuimos invitadas a un congreso al Liberarte, en Buenos Aires. Antes nos pidieron

*Malú Urriola es poeta, tiene 27 años, y una hija de cuatro. Autora de los libros **Piedras rodantes**, y **Dame tu sucio amor**, que aparecerá en las próximas semanas, advierte que no desea ser famosa ni le interesa la crítica porque no quiere estar de rodillas. Es que esta mujer morena de ojos negros, grandes y desafiantes, en sus escuetas respuestas sobre literatura y cultura, trasunta un desencanto anidado en una realidad que sintetiza como máxima: a políticas neoliberales, cultura light.*

pero desconfiada, y poseedora de la audacia necesaria como para crear junto a su colega, Nadia Prado, la editorial Surada, que pronto debutará en Santiago.

—La poesía está en crisis, nadie publica poesía, dice. ¿Por qué? ¿Es una constatación de la realidad?

—Sí. Creo que nadie está publicando poesía porque en primer lugar la cultura, la cosa literaria está en crisis, está en crisis absoluta, y pienso que la gente que lee es super poca.

—Pero publicó su primer libro el año 88, y dentro de pocas semanas edita el segundo. ¿Por qué persiste Malú Urriola? ¿Es la pasión del poeta?

—Más que pasión, la escritura es como tener un amante. Entonces uno está con las mismas ganas ante algo que no es reconocido. Pienso en una conversación entre Zeus y Mercurio. Zeus había tenido una amante humana y le dice a Mercurio que tenía mucho miedo de tener esta amante porque iba a envejecer, porque iba a morir en algún momento ya que no era inmortal. Mercurio le responde que de repente hay que seguir las cosas del placer, del agotamiento y de la urgencia del diario vivir, pensando en que es solamente buscar algo que nunca va a ser asido. Es más o menos eso lo que yo creo que significa la literatura.

—¿Es la fascinación de la búsqueda sin importar ni el resultado ni los costos?

—Es que no quiero fama, y como no quiero fama no creo que tenga que pagar costos. Yo jamás llamaría a un crítico ni a nadie. Dejo que las cosas pasen, y si pasan, bien.

en 1986, era un taller absolutamente marginal, en la Pincoya. Íbamos mucha gente y nos pegábamos unos viajes atroces para ir a discutir de poesía en una iglesia que nos prestaban. Recuerdo a Mauricio Manque, un amigo que ahora no sé si escribe. El era como super disciplinado, nos hacía una pizarra y ahí teníamos que escribir. Allí estuve dos años, después me aburrí.

—Pero también estuvo en los talleres de la Fundación Pablo Neruda. ¿Significó algo esa experiencia?

—Nada, es que yo iba por la plata.

—¿Cómo?

—Es que pagaban en ese tiempo doce mil pesos, que no era nada, pero yo era estudiante pobre, contaba apenas con la plata para la micro, entonces para mí era sólo una entrada más.

—¿Y qué le sirve a una poeta como usted, de 27 años?

—Leer, leer no más. Leer a un montón de gente: soy fans de Passolini, de Apollinaire. De los chilenos muy poco, pero leo más a las mujeres.

—¿Por qué, es que se plantea con conciencia de género frente a sus lecturas y frente a su escritura? Pienso en su libro **"Piedras rodantes"**, donde junto a su estilo suelto aparece con fuerza su escritura de mujer. ¿Es una opción?

—No sé si es una opción consciente. Lo que pasa es que siento que las mujeres en este momento están haciendo un tipo de escritura que a mí me llama mucho la atención, porque paradójicamente es mucho menos pasional que la de los hombres. Por ejemplo, me encantan la Diamela Eltit, la

nostalgia lo mío. Creo que es más bien desencanto.

—¿Frente a qué?

—¡No sé! Si matan a Kennedy por plata, claro.

—¿Cuáles son los temas de alguien como usted, de su generación?

—Es que yo no creo en las generaciones, pienso que cada historia es distinta y cada propuesta escritural es absolutamente distinta.

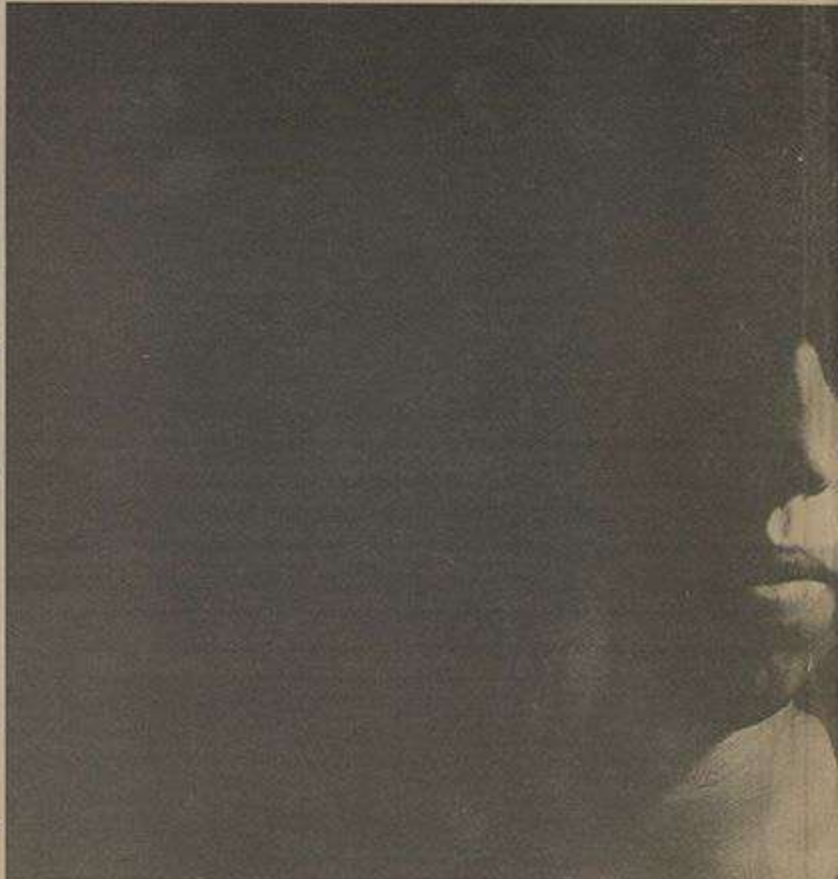
—¿Y cuál es su propuesta escritural, cuál es su temática, cuáles son sus mundos, sus obsesiones?

—Mi obsesión es la escritura, el ejercicio de escribir, eso de sentarte y empezar desde cero, para terminar no sé cuándo, porque te lo dicta la química.

—¿Y cómo se relaciona con su medio, con la gente que escribe y que tiene su edad, o con otros, cómo va confrontando su trabajo?

—Es que yo no me relaciono mucho con el medio, sólo con algunas personas del medio, y me relaciono por admiración. Cuando admiro a alguien estoy con esa persona, trato de hablar con ella. Por ejemplo, me pasa con la Diamela, me

sa, porque creo que es muy fácil ser famosa en este país. Hay que buscar un fenómeno utópico y hacerse partícipe de ese fenómeno utópico o líder de ese fenómeno utópico para que las masas te sigan, porque las masas son homogéneas y están esperando un líder...



que enviáramos libros, y resulta que cuando entramos a leer, la sala estaba llena de gente, de fans que te aplaudían, te pedían autógrafos. Yo no lo podía creer, porque acá lees y a nadie le importa, la gente va para hacer vida social, porque estamos en la era de la soledad; o asiste para conversar o tomarse un vino con conocidos. Es deprimente.

**—¿Y cómo logran saltarse el circuito oficial de la cultura chilena pero estar en otros fuera del país?**

—Es que los contactos llegan solos. Ayer me llegó una carta de alguien en Canarias que no conozco, y quiere publicar unas cosas más en una revista. No tengo idea cómo obtuvo ese material. También recibí recién una carta de Venezuela, de una amiga que me cuenta que quieren publicar un segundo libro. Eso yo no lo entiendo.

**—Siento que hay un desprecio por estos mundos chilenos, hay una crítica que acompaña el estar "al margen de..."**

—Creo que es más crítica que desprecio. No sé, "ciudad de putas, de rotas, no quiero volverte a ver", dice Tanguito, es que es eso también. Además, aquí hay muchas discriminaciones. Son discriminaciones de clase, de currículo, de género, y después de juventud. Alguien decía que la juventud es sinónimo de estupidez o de ignorancia, y todo el mundo te dice: "te falta experiencia, miñita". Y experiencia significa que te falta callarte la boca cuando te la tienes que callar, que frente de los vates te tienes que callar.

**—Hablamos del libro que va a salir dentro de pocas semanas, "Dame tu sucio amor".**

—Es un libro de amor con la escritura, es tener como claro

que la escritura es mi amante oculto y que yo lo doy todo por la escritura, en cambio la escritura no me da nada. Es una pasión mezclada con mucho masoquismo porque el hecho de escribir es absolutamente utópico ya que la escritura no da plata.

**—¿Y qué ocurrió entre el libro "Dame tu sucio amor", y "Piedras rodantes"? ¿Ha cambiado mucho la autora?**

—Yo creo que ahora hay una Malú más vieja, harto más vieja en un sentido no carnal, sino que más vieja de adentro.

**—Pero igual de ácida y crítica. La metáfora de los gatos de "Piedras rodantes" lo demuestra. ¿O no?**

—Los gatos son los seres más cínicos que existen, son aparentemente domésticos, pero quise hacer una simbología. Los gatos son los escritores.

**—¿Por qué trata tan mal a sus colegas?**

—Yo creo que no los trato mal. No, creo que el negocio escritural o el negocio cultural es lo que me aburre. Me aburren las inconsistencias, me aburren las peleas de escritores, me aburre la lucha por la inteligencia, me aburre la pelea por los territorios, por quién es el mejor narrador o quién es el mejor poeta, y siempre son mejores poetas los muertos, obviamente.

**—¿Y cómo es el otro mundo, el suyo que sin duda no es el que aparece en la prensa, en las entrevistas, o en la crítica literaria?**

—Yo creo que es un mundo bastante triste igual, y triste porque estoy clara que no quiero ser parte del negocio, no quiero hacer apuestas sobre mí y no quiero tener que saldar esas apuestas. Es decir, no quiero ser la mejor poeta de Chile, no. Quiero saber y tener claro qué escribo, y sé que me falta mucho para lo que yo quiero. Lo que pasa es que los tiempos se corresponden absolutamente, yo me acuerdo que fui a un congreso en España con más de cien jóvenes, era un congreso que financió el Instituto de la Juventud en España, cuyas bases fueron absolutamente camufladas hasta que el último día alguien nos avisó. Había que mandar currículo y fotocopia de libros, las mandamos y quedé seleccionada. Bueno, lo importante no fue ir a España, sino ver que en todas partes está pasando lo mismo, que a políticas neoliberales, cultura light, imagínate las mujeres: trabajan todo el día, quieren ganar plata y los tipos también, después van a gimnasios para ser bellos y aceptados, y hacen dieta. ¡No van a llegar a su casa a leer algo triste! No, llegan a ver su telecable o leen literatura light, algo que les venda

JAMIE PUEBLA

deseo, que es todo lo que se aprende en la publicidad.

**—¿No hay utopías en esa mirada escéptica?**

—Hacen falta utopías, pero mi utopía es demasiado grande. Me encantaría no ver viejas pidiendo plata en la calle, o no ver viejas recogiendo basura. Me encantaría que los literatos o que los artistas entendieran que el espacio territorial no es uno. Que si uno escribe, pinta, o hace música, debe haber gente que le gusta lo que haces y gente que no le gusta lo que haces. No creo en eso de "el gran" al lado del poeta, del narrador o del pintor. Porque si eres grande también tienes que transar, para ser grande tienes que ser simpático, cordial, amable.

**—¿Es la generación de la desesperanza la que habla?**



ESCALERA DE CARLOS MONTES DE OCA



—Yo creo en mi generación como un grupo de chicos tipo la Garra Blanca, porque son distintos estratos sociales, distintas formas de moverse en el entorno. Ahora, yo soy de la clase de Independencia, y viví toda mi vida en Independencia, y entonces me lo pasaba entre guerrear con los cabros de medicina. Estudiaba en el Liceo Gabriela Mistral, y antes de que fuera municipalizado era un colegio bastante bueno porque había un montón de profesores que sí les gustaba la literatura, y yo leía bastante.

**—¿Y qué pasaba frente a las expectativas desde el punto de vista de la cultura, por ejemplo?**

—No había ninguna expectativa de cultura, ninguna. Yo no la tengo, escrituralmente. No quiero ser famosa, quiero

escribir, no más.

**—¿Significa todo esto que se margina frente a los premios, a los concursos, a las becas?**

—Participo en estados de crisis. Participé ahora en el Fondart porque no tenía plata para publicar el libro y porque nadie lo iba a publicar. Y yo necesito publicar para cerrar el ciclo, no puedo seguir escribiendo si está ahí el original al que uno le puede meter mano. Es como si estuviera la cama deshecha y me acuesto y me levanto, una cosa así. Entonces, necesitaba publicarlo, necesitaba sacarlo de encima para empezar a escribir lo que ya tengo en la cabeza.

**—Lo último. ¿Se siente heredera de alguna tradición literaria, o reivindica a algunos escritores?**

—Por supuesto, la Diamela, la Eugenia Brito, la Guadalupe Santa Cruz.

**—¿Y más atrás?**

—Más atrás la Teresa Wilms que es un ejemplo claro de cómo el negocio cultural te puede dejar afuera.

**—¿Y qué le pasa a una poeta como usted frente a nombres como Gabriela Mistral, Neruda, De Rokha, Huidobro, etcétera.**

—A mí me gusta Huidobro.

**—¿Y qué opina sobre la crítica literaria?**

—Creo que hay dos tipos de crítica en este país: la crítica absolutamente oficial que es la que tienen los medios de prensa, todos. Y la crítica extra oficial que está tratando de meterse, pero para tratar de meterse a la casa de tu vecino tienes que hablar con tu vecino. Es decir, pienso que el poder hace que la gente vaya cayendo de rodillas, de rodillas, de rodillas y de rodillas. Entonces, cada vez tengo menos amigos.